

VI

ANTES DEL ASALTO

Y luego habló el cañón! MORE el primero
que llenó los espacios con el grito
del ronco bronce fue. La inmensa flota
de invulnerable corazón de acero
ensordeció, al tronar, el infinito;
y tal como rebota
desgaldado peñón de la alta sierra,
rebotaba la voz, que de eco en eco
iba á perderse, como un ¡ay! de guerra,
de los abismos en el sordo hueco...

Yá la hueste acampada
al pie del Morro ametrallaba fiera
la rebelde altitud, en que dó quiera
el héroe, cabalgado, discurría,
fija en la diestra la desnuda espada,
seguido de un girón de su bandera;—
por aquí, por allá, por donde había
un grupo de soldados en espera,
sintiendo del ardor el acicate,
ó abocando el cañón, que parecía
brújula gigantesca del combate...

Y así acabó, por fin, hora tras hora
todo aquel primer día:
la Suerte se gozaba en la demora;

ó acaso era cobarde todavía
para asestar traidora
el postrer golpe de su saña impía.

No tan fácil tampoco á los mortales
la Gloria ser podría:
preciso era sufrir con los delirios
de la ansiedad, entre cruentos males
La Gloria está rodeada de martirios,
como un huerto cercado de zarzales...

El grupo aquel de capitanes fieros
decidió sucumbir, pero en fulgores
bañando los aceros:
morir así, vibrando sus espadas,
hasta caer en la batalla ruda
cegados por sus propios resplandores,—
no como hatos de ovejas devoradas
por famélicos lobos, sin que acuda
la jauría de canes salvadores...

Eco halló entre los míseros soldados
la voz de los gloriosos capitanes;
y así tras de esa lid no fatigados,
en torno de los símbolos sagrados
de sus patrias banderas, juramento
hicieron de luchar como titanes
hasta ser polvo y esparcirse al viento!

Como el licor de la volcada copa,
habíase esparcido, desde el alma
del héroe altivo hasta la humilde tropa,
el mismo sacro afán. En el paisaje,
BOLOGNESI era el tronco de una palma;
y la tropa, el ramaje...

En la comida luego de aquel día,
apuraron los tétricos soldados
su alimento postrer, fríos, callados,
con profunda atención; y no se oía
risa profana que á turbar viniera
aquella calma de dolor sombría,
que se cierne en las almas y en las cosas,
cuando próxima está la nube fiera
á desatar sus iras tempestuosas...

Ah! no fue más siniestra la comida
de Priamo y Aquiles! De esta suerte,
su tributo pagaban á la Vida
para después pagárselo á la Muerte.
El griego y el troyano
al fin comieron sobre el cuerpo inerte
de Héctor ¿qué iban á hacer? era lo humano...
Pero, ah! los héroes de esta cruda guerra
desdeñaban los póstumos tributos;
y antes de ser abono de la tierra,
le exigían el pago de sus frutos!

Apartado hacia allá, viendo el océano,
de aquella tarde al vívido reflejo,
un joven capitán, la arqueada mano
puesta en el entrecejo
como en defensa del fulgor que ardía
del ancho mar en el movable espejo,
bañado el cuerpo en la rojiza lumbre,
una estatua de bronce parecía
que se alzaba de pie sobre esa cumbre!

¿Quién era? ALFONSO UGARTE, que á la hora
en que un beso de paz rompe su broche
de vaga luz, cuando encendida nube

finge barco con rumbo hacia la aurora
á través de los mares de la noche,
y cuando el alma de la tierra sube
al cielo entre perfumes y oraciones,—
quiere buscar á su febril pupila
mudas contemplaciones,
que allá en la vasta soledad tranquila
le hablen de sus pasadas ilusiones...

Ahí, mirando el mar, cuyo horizonte
ábrese como se abre la esperanza,
el joven capitán, que así sentía
bajo sus pies la cúspide del monte,
amparaba al amor, que sin tardanza
á su ardoroso espíritu acudía
como ave de alas rotas...

A manera
del viejo, que sentado en los umbrales
de su tumba, recuerda lo que era
en sus años de ayer primaverales,
el joven capitán, que entra la fiera
batalla ha de encontrar segura muerte,
pone el recuerdo del placer mundano
en el risueño amor; y altivo, y fuerte,
lleno de juventud... ¡se siente anciano!

Venus, de azules ojos,
lo adora como á París; y Minerva,
de ojos verdes, lo adora como á Aquiles.
Venus placeres y Minerva enojos
le brindan á la par. Nada lo enerva,
nada lo abate: es fuerte en sus abriles;
y enlazando los lauros á las rosas,
en torno de sus sienes juveniles,

es digno del amor de las dos diosas!

Mas... fijase de súbito en la escuadra
que á lo lejos se tiende amenazante;
y cual la ola, que protesta y ladra,
á las plantas del Morro estremecido,
ruge él también, y en el confín distante
el trueno repercute ese rugido.
Vuelta la espalda al mar, mira la tierra
en que duerme la sombra sosegada:
sólo un reflejo por las nubes yerra
cual de un cadáver la postrer mirada...
y entonces jura que en el mar...

El grito
del vibrante clarín, pregoná al viento
que la silente paz del infinito
ha bajado también al campamento!...

Aquí y allí esparcidos los soldados,
en sus improvisadas fortalezas,
quédanse en vago ensueño aletargados,
pensando en los amores ya pasados;
y cual repletas copas de tristezas,
rebotan una lágrima escondida
que cólera veloz enjuga luego,—
porque esa gota al corazón caida
es una gota de ácido en el fuego!...

Por entre la tiniebla silenciosa
que envuelve el campamento,
prolóngase el alerta,
como una voz oscura y temblorosa,
como la voz con que se queja el viento,
como la voz de la extensión desierta

llorando en profundísimo lamento...

Y entre la paz del campamento inerte,
de pronto, en su corcel, con raudó vuelo,
cruza á escape la Muerte,
como una blanca ráfaga de hielo...

¿Y el relámpago aquel hermoso y puro
alma errante del cielo desprendida,
que en carrera de luz hiende lo obscuro
como un ensueño de la Eterna vida?
¿Esa visión, que los espacios puebla
de otras mil en fantástico derroche,
y arroja desde lo alto de la noche
semillas de astro en campos de tiniebla?
Es la Gloria inmortal, que cruza el cielo,
atronadora, mientras todo calla,
con dominante y anchuroso vuelo
por encima del campo de batalla!...

BOLOGNESI no duerme. Incorporado
en el intacto lecho,
fija un dulce recuerdo en el pasado;
y siente encima de su noble pecho
sus gloriosas medallas de soldado.
Entre la obscuridad, la fantasía
finge el combate aquel, en que valiente
á la Victoria arrebatara un día
eterno lauro con que orlar su frente.
Oye la atronadora vocería
que alza en Tarapacá la tropa fiera,
semejante al rebote de un torrente,
de peñón en peñón, por la pradera...

Parece que alguien le hable ó que algo mira.
 A veces la pupila incierta toma
 repentina fijeza; frunce el ceño;
 siente que á su rededor la sombra gira;
 y allá en el fondo, una visión se asoma
 que le hace preguntar: —¿Pero, es un sueño?

¡La visión de la Patria!

En desconcierto,
 se atropellan visiones y visiones,
 como los espejimos del desierto
 rasgándose en nerviosas vibraciones.
 Ante su fantasía, á las miradas
 que hunde en aquella obscuridad de fosa,
 muévense esas visiones reflejadas,
 como sobre las aguas agitadas
 se retrata una imagen temblorosa...

¡Es la Patria, ella és!

Procesión rauda
 de heroicos hechos y gigantes hombres
 pasa, arrastrando la gloriosa cauda
 de mil y mil inolvidables nombres...
 La visión de la Patria! Es ella misma
 que copia entre las sombras su reflejo;
 y no al través de un ilusorio prisma,
 sino en la Historia como en fiel espejo...

Es la Patria; ella es!

Fija y segura
 queda su imagen sola,
 mientras la procesión finge una ola,
 que al fin se pierde por la playa oscura...

Viste negro crespón; y su mirada
 busca sólo la abierta sepultura
 que le espera tal vez, en la crispada
 mano, la empuñadura
 tan sólo muestra de su rota espada;
 está pronta á morir... Pero, ¡ah! fulgura
 en sus ojos el toque con que empieza
 la conquista del cielo el nuevo día;
 que á veces, sin querer, Naturaleza
 toma por nacimiento la agonía:
 ¡Y quién sabe si al fondo, en las conciencias
 del Hoy y del Ayer y del Mañana,
 nada vienen á ser las apariencias
 siempre engañosas de la vida humana!...

Ah! Por entre la negra vestidura,
 su desgarrado corazón chispea,
 como una estrella titilante y pura
 por entre el nubarrón que la rodea...
 Y sin dejar la espada, con la mano
 empapada en su sangre todavía,
 muestra su corazón,—como al cristiano,
 en las visiones del dolor humano,
 también le muestra el corazón María!

Y así la noche entera...

Otro sol vino
 del grupo heroico á contemplar la gloria;
 de ese grupo divino,
 que en la escarpada cumbre de la Historia
 lucha contra las huestes del Destino...

Volvió el canón á hablar.

Y así indecisa
 la Suerte estuvo nueva vez. La brisa

agitaba en el Morro la bandera,
sin que el furor de la enemiga flota
desgarrarla pudiera
al soplo de huracán de la derrota;
acariciada por la brisa, era
el supremo desdén de la arrogancia,
hasta que al tercio sol la hueste fiera
cubrió rápidamente la distancia...

¡Llegó el primer minuto del asalto!
El grupo lo esperó con la segura
idea de morir... Sereno y alto,
destacaba entre todos su figura
el heroe en su corcel, sobre el basalto.

Cinco veces mayor, el enemigo
todo lo arrollará, todo... ¡qué importa!
Cinco veces mayor será el renombre
que cada heroe llevará consigo
al sepulcro también. La Vida es corta
para que pueda apetercerla el hombre...
Y á la manera de ese grupo fiero
que ante innumera tropa no se abate,
ni empaña el lustre de su limpio acero,—
siempre acosada del dolor, la Vida
es sólo un grupo de años que combate
contra una Eternidad desconocidal...

VII

EL ASALTO

Allá, lejos, muy lejos,
lúgubre fondo y cárdenos reflejos:
el verbo de las broncas tempestades
en gloriosa explosión rompe iracundo,—
y se apaga en las hondas soledades;
el relámpago cruza vagabundo
como una inmensa mariposa extraña;
y el trueno llora su dolor profundo
en el altar mayor de la montaña...

¡Eco parece del enorme ruido
que hicieron, derribados desde el cielo,
al rodar para siempre en el olvido,
los olímpicos dioses! Voz de alarmas
que sembraba pavor, pavor de hielo,
estremeciendo las colgantes armas
en el rauda corcel, que hollaba el suelo
de la trémula Roma decadente,
á donde el fiero bárbaro quería
agua encontrar para lavar su frente
salpicada de fangos todavía!
¡Grito eterno de horror que el furibundo

torrente da al saltar! ¡Ay de agonía,
con que se rasga el corazón de un mundo!...

Mas no es la tempestad: es la batalla,
que en la cúspide estalla
del Morro que se siente estremecido,
cual si hubiera del cielo descendido,
en un bólido enorme, la metralla,
para saltar al choque de la tierra,
en horroroso y trágico estallido,
como un pregón de atronadora guerra!...

Blanca, espesa neblina
la frente envuelve de la brava cumbre,
en que el drama sangriento se adivina,
del cañón ronco á la rojiza lumbre
que desgarrá las brumas repentina...
Blanca, espesa neblina opaca el cielo;
y hasta el altivo sol rinde tributo
á la tristeza del heroico duelo,
y se viste de luto.....

Así también, cuando los dioses quieren
acabar con los héroes en la Iliada,
los circundan de nieblas... ¡Y así mueren
bajo los golpes de invisible espada,
sin llegar á saber cómo los hieren!

Por imposibles sendas, por estrechos
bordes de precipicio, por dó espacio
encuentra el pie, las invasoras gentes,
con la fe de los triunfos en sus pechos,
con el sol de las iras en sus frentes,
lánzanse á la altitud, cual los torrentes
saltando por encima del rehacio
valladar que embaraza sus corrientes...

Finge un río, que en ancha catarata,
en vértigos de espuma se arrebatá
al chocar con las peñas: invertido,
sube en vez de bajar. Las muchedumbres
son las aguas de un mar desconocido...
¡Tal el Diluvio Universal ha sido:
tal subieron las aguas á las cumbres!

Y el héroe está en el Morro; y está cierto
de que se acerca el trágico minuto
en que ha de rodar muerto;
y está cierto á la vez de que su gloria
ha de rasgar la obscuridad del luto,
como un tajo de sol sobre la Historia.
Es breve su estatura;
pero en su alto corcel crece y espanta,
cual si fuese titánica figura:
el héroe toca con su frente el cielo,
mas siempre tiene su corcel la planta
afianzada en el seguro suelo...

Llueve el plomo, se rasga la bandera,
se destempla el clarín; y roncamente
la invasión adelanta y adelanta;
y caen los soldados, á manera
de las espigas cuya altiva frente
el granizo quebranta...
Se acerca el choque ya. ¡La lucha fiera
va á enconarse por fin! Sigue el torrente...
y todo es confusión súbitamente;
y se mezclan soldados con soldados;
y luego... ¡se derrama por do quiera
ancho rumor de vientos encontrados!

Mas... ¿Quién es el jinete misterioso

que en carrera veloz hacia la cumbre,
del torrente invasor sigue las huellas;
y corre, y corre, de llegar ansioso,
mientras sus armas de chispeante lumbre
van lanzando relámpagos y estrellas?...

¡Es la Muerte; ella es! Su rostro fiero,
de luminosas cuencas, se destaca
bajo de un casco de luciente acero:
ciñe, como suntuoso coracero,
ingente cota de bruñida placa.

Se ve que avanza triunfadora y fuerte
—con una nube en su semblante pálido
y un rayo de dolor en su mirada—
la dantesca figura de la Muerte
cabalgadora en su corcel escuálido,
que es un harpa de huesos destemplada..

Cual relámpago el látigo chasquea;
y se lanza á la cumbre, á la pelea:
todo, todo lo arrolla y lo aniquila;
que el corcel de la Muerte acaso sea
¡el mismo espectro del bridón de Atila!
Arranca chispas al sentar el callo
en el recio peñón; clava la espuela
en el hundido ijar de su caballo,
que se para en dos pies; y luego... vuela!

En su diestra, resplande la guadaña
insaciable de vidas, que á ambos lados
va sembrando el terror. ¡Es una extraña
visión, un huracán de la montaña
que arremolina nubes de soldados!...

Como el experto nadador que á solas
juega en el ancho mar, y ya sepulta
su cabeza en las olas,
ya la seca otra vez, ya la hunde luego,—
así la Muerte en misterioso juego,
súbito ya parece, ya se oculta,
ya vuelve á parecer; y entre las filas
deshechas de soldados, cruza rauda,
cual un cometa de pavura ciego
que huye espantado de su propia cauda,
ó cual fiera que corre en la espesura
revolviendo sus fúlgidas pupilas
entre las sombras de la selva oscura...

A cada rudo golpe, á cada embate,
los batallones,—aves que en su nido
quiebran las alas por sondear la altura,—
van dejando rodar en el combate
soldado tras soldado, hoja tras hoja,
á manera de un árbol sacudido
que de todas sus galas se despoja!

Soplo de tempestad ruge iracundo...
Allá un soldado cae, otro levanta;
aquél hunde su corvo en la garganta
del débil moribundo,
que, soltando el fusil, rodó á su planta;
aquel héroe sin nombre, con su sola
calada bayoneta, al fin rechaza
á un grupo, que lo envuelve y lo amenaza
como á la peña la ceñida ola;
ese, como hoja que arrebatara el viento,
de peña en peña va, por el barranco;

ese otro, lanza horrible juramento,
 los ojos pone en blanco,
 deja caer arma, con la diestra
 cubre la sangre que en su pecho asoma
 y rápido, en mitad de la palestra,
 gira sobre sí mismo... y se desploma;
 éste, el corvo homicida
 clávale por la espalda al que entre tanto
 expone, ante cien muertes, una vida;
 éste, de cara al sol, muerto soldado,
 como expresión de póstumos enojos,
 muestra al cielo el combate reflejado
 en el cristal de sus abiertos ojos;
 y éste otro, que dispara
 su arma antes de caer, rápido rueda
 y, en su alarde postrer, de espaldas queda,
 vuelta hacia el suelo con desdén la cara!...

Charcos de sangre lo enrojecen todo;
 y así la sangre, lustración de horrores,
 resbala en cauces de revuelto lodo
 cual por la sien del labrador sudores...
 ¿Qué Verónica santa enjugaría
 el sudor de la sangre en ese suelo,
 si sólo alcanzaría
 á retratarsé la batalla impía
 en el lino del bíblico pañuelo...!

Entre la sangre, en grupos, confundidos
 se amontonan al par muertos y heridos;
 vibran las armas rotas sus destellos
 temblorosos, como esas sensaciones
 que recorren la piel hasta que inerte
 el cuerpo queda al fin. Y sobre aquellos
 grupos, en su corcel, salta la Muerte;

y salta á modo de una cabra fiera
 que empezara á correr, por los montones
 de segadas espigas en la era...

Y á manera del Dios de los cristianos
 que por do quiera se halla, ó á manera
 del sol que esparce generosa lumbre
 sobre el amplio hemisferio por do quiera,
 BOLOGNESI verter con amplias manos,
 sueña, gloria y fulgor desde la cumbre:
 blandir la espada al frente
 de aquel grupo que avanza denodado;
 él solo resistir aquel torrente
 del invasor jadeante y furibundo;
 bajar de su corcel, y al buen soldado
 que cayó levantar sobre sus hombros;
 y recoger el ¡ay! del moribundo;
 y luego, nuevamente cabalgando,
 buscar el choque provocando asombros;
 y ser, en medio de las luchas fieras,
 una llama entre todas las hogueras
 y una cruz sobre todos los escombros!...

A un mismo tiempo, las gloriosas vidas
 de ARIAS é INCLÁN, que al golpe de la Suerte
 vanamente resisten, extinguidas
 disípanse en las sombras de la muerte.
 ARIAS, bajo su espada que resplande
 con luz eterna, es siete veces grande,
 ya que muestra en el pecho siete heridas...
 INCLÁN llena el afán desesperado
 que expresó un día, con modestia suma,
 de morir «como el último soldado...»
 Y brilla el sol con súbitos reflejos,
 haciendo resaltar, entre la bruma,

la venerable faz de los dos viejos
con sus cabellos de rizada espuma...

Fué entonces... cuando mano temeraria
de heroica abnegación, prendió la mina
de uno de aquellos fuertes... Repentina
retumba en la llanura solitaria,
bronca, inmensa explosión, desde la cumbre;
y se rasga la pálida neblina
al parpadeo de rojiza lumbre...
Soldados, armas, piedras, como informe
masa que un monstruo destrozó, se lanzan,
y hechos un grito de dolor enorme
á las alturas resonando avanzan...
Fiera columna se levanta al cielo,
con fragor de horroroso torbellino,
como protesta con que el mismo suelo
se quiere sublevar contra el Destino!...
Y luego... aquí y allá, desparramados,
aceros por mitad, muertos soldados,
corceles moribundos; y en montones
banderas y cureñas de cañones,
miembros rotos y cuerpos desmembrados...
¡Oh! qué escena de horror..!

Y allí, risueña,
una muerta mujer se abre de brazos,
como sobre una cruz, en la cureña
de un tronado cañón. Hecha pedazos
la vestidura, sobre el pecho enseña
de ensangrentada herida el rojo sello
como flor que brotara de una peña...

Al rodar desgreñado
por sus hombros y en torno de su cuello,
el revuelto caudal de su cabello,

simula sobre el pecho ensangrentado
negro plumón de buitre; y entre aquello,
¡ay! se destaca el corvo del soldado
fijo del seno en las desnudas pomas,
como el pico de un cóndor, enclavado
en medio de dos cándidas palomas!... (1)

¡Una mujer! La dulce compañera
no quiso separarse de su amado,
sino quedarse oculta en la bandera
de la patria inmortal, cual escondida
perla en el mar, para que así la Suerte,
que hizo de esas dos vidas una vida,
las cortara también con una muerte!
Y esa mujer, de carne desgarrada
por infame puñal, con la mirada
de un sol de gloria en la pupila incierta;
esa, sobre el cañón crucificada;
esa... es la imagen de la Patria muerta!

Y otra mujer en la celeste altura!
de pronto apareció... ¿Quién es? Su diestra
arma no blande; y temblorosa y pura
se sonríe con tétrica amargura
al mirar el horror de la palestra...
Arma no blande, no; pero fulgura
entre sus manos bellas
y delicadas, sobre nube oscura,
misteriosa corona hecha de estrellas.
Ciñe á su sien otra corona; y ciñe,
con ígneo cinturón, túnica roja

(1) Este es un hecho histórico, á que alude el escritor chileno Vicuña Mackenna, en su narración del asalto á Arica.

que de los héroes en la sangre tiñe...
 Su seno tiembla como leve hoja;
 su boca es una rosa sonriente;
 y sus pupilas de húmedas miradas
 parecen, al brillar tranquilamente,
 dos perlas de rocío salpicadas
 por el ala de cisne de su frente...
 ¡Es la Gloria inmortal, que desde el cielo
 al héroe busca en la sangrienta zona;
 porque verle morir quiere en su anhelo,
 caer ante sus pies con raudo vuelo,
 y ceñirle su espléndida corona!

Ante sus ojos, MORE, el digno hermano
 del héroe, erguido está. Si en su ansia loca
 rompió su nave un día
 contra una roca de la mar bravía, (1)
 vengarse quiere del Destino insano:
 morir sobre la cumbre de otra roca
 y ante el asombro de ese mismo oceano

MORE acordóse de la frase aquella
 del viejo Mariscal, (2) cuando gritaba
 en medio de la tropa que luchaba
 por asir la victoria; frase bella
 y terrible á la vez; discurso parco,
 pero de singular, mágico hechizo:
 —¡Aquí un charco de sangre!, pronto un charco...

El no lo repitió; pero lo hizo!...

(1) El heroico More, comandante que era de la «Independencia», había visto encallarse á su nave en un desconocido arrecife de los mares del Sur.

(2) El Gran Mariscal don Ramón Castilla.

Al abrigo del Morro,
 en tanto el «Manco Cápac» se debate
 en pérdida segura y sin socorro:
 y la espesa neblina, agujereada
 por los ígneos disparos del combate,
 deja ver sobre el líquido elemento
 la palpitante flota desplegada,
 que á golpes de cañón fatiga el viento!...

Y el combate prosigue todavía...
 El combate es eterno;
 porque para los héroes cada hora
 es un siglo de afán y de ironía:
 ya que morir desean, la demora
 es un suplicio más, es el infierno,
 es la perpetuidad de la agonía!...

Oh! qué horrible es el ver en ambos lados
 caer unos tras otros los soldados,—
 yerbas en que el corcel hunde la planta
 ó frutos por las piedras arrancados!
 Oh! qué horrible es saber que en la contienda
 el que cae, al caer sólo adelanta
 un paso más por nuestra propia senda!
 Menos horrible fuera, si es segura
 la muerte al fin, el que á la vez caídos
 hallaran una sola sepultura
 todos, á un tiempo y para siempre unidos!
 ¡Qué vil es el deseo del tirano:
 hacer una de todas las cabezas
 para cortarla con su propia mano;
 mas siempre es menos vil que las vilezas

del Destino inhumano,
 que á sus débiles víctimas inmola
 unas ante otras sin piedad alguna:
 no hace de las cabezas una sola;
 pero las va cortando una por una...

VIII

LA MUERTE DEL HEROE

BOLOGNESI, vibrante y encendido
 en patriótico ardor, buscaba acaso
 que pronta muerte le saltara al paso;
 y como hubiera sido
 corto ese día para tanta gloria,
 si Josué paró al sol en su carrera
 hasta alcanzar la bíblica victoria,
 ¡ah! también él lo hubiera detenido
 para seguir en la batalla fiera,
 hasta haber muerto... ¡ya que no vencido!

¡Y tal lo ve la historia todavía!

En su negro corcel, avanza, avanza
 al peligro mayor. Vibra en sus ojos
 el sol eterno del Eterno Día;
 porque bulle en su pecho la esperanza
 de hacerse un pedestal con los despojos
 de la propia invasión. Así la espuela

clava al ijar de su corcel, que vuela
relinchando de horror; y así entre el fiero
batallar de la tropa amontonada,
en su diestra viril, brilla el acero
cual si fuera un relámpago hecho espada!

De pronto, por su mente enardecida
cruza en rápido vuelo heroica idea:
si ha de morir, que sea
vendiendo cara su gloriosa vida.
Oprimirá el botón que precipite
el fin de la tragedia: la corriente
eléctrica provoque; y prenda luego
la subterránea mina. Así el desquite
alcanzará de la invasora gente,
que morirá con él... Y corre ciego,
atropellando en su ímpetu furente
mil invasores, que de sangre beodos,
ruedan á discreción. Sobre su frente
brilla el deseo que en su pecho siente:
morir, como Sansón, matando á todos!...

Mas, ¡ay! que hasta la Muerte apetecida
es á veces también indiferente...
Y falla el hilo eléctrico; y entonces
triste, desesperado de la vida,
vuelve á buscar, entre los roncós bronce
y los filos de acero,
el golpe que abra con mortal herida
su pecho de cruzado caballero.

Y fué entonces también cuando el combate
arreció en torno al héroe; y cuando fiero
clavando en su bridón el acicate
embistió el héroe con mayor embate...
En medio de la horrenda vocería,

cada cual fulminaba entre el tumulto
tanto golpe, que al fin no se sabía,
porque en la confusión quedaba oculto,
quién lo daba, ni quién lo recibía!

La muerte en su corcel llegó de lejos
y á manera de flecha disparada
que va certera al blanco, su mirada
envolvió al héroe en lívidos reflejos;
y la frente del héroe iluminada
siniestramente así, doblóse mustia,
con la dulce expresión de un sol marchito
que se hunde en un crepúsculo de angustia.

No se oyó un solo grito...
Sólo se oyó un rüido atropellado:
estrépito de cuerpo que ha rodado;
metálico rumor de armas de guerra;
y del corcel, al punto disparado,
el trote que hizo palpar la tierra...

Tendido estaba el héroe: ahí, tendido.
Las canas, envolviendo la cabeza
como pálidas nieves de tristeza;
la macilenta faz, en un extraño
fulgor bañada; el corazón, herido...
Breve espacio ocupaba sobre el suelo;
¿más qué su breve corporal tamaño,
si su alma sola llenaría el cielo?

La Gloria descendió desde la altura
y le ciñó su espléndida corona:
al abrirse las nubes, por la anchura
un trueno, como un grito de amargura,
repercutiendo fué de zona en zona...

Y la Gloria ante el héroe parecía
cauteloso guardián, á la manera
del alba que precede al nuevo día.
La Muerte en su caballo amenazóla,
como en la orilla rocallosa y fiera
al Morro enhiesto la quebrada ola:
quisola atropellar, pero fué en vano;
porque la Gloria, aunque mujer, es fuerte.
La Gloria se inclinó, cogió la espada
que el héroe retenía entre la mano:
y preparóse á defender armada
el cadáver del último espartano...
Y fulguró esa espada de tal suerte
entre las sombras del dolor humano,
que se espantó el caballo de la Muerte!

Volvió la Muerte los abiertos ojos;
y como por do quier que la mirada
espació, apenas encontró despojos,
al verse en triunfo sobre tanta vida,
se sintió de sí misma horrorizada
y fugó en su corcel despavorida...

La Gloria entonces con nerviosa mano
clavó la espada en el purpúreo suelo;
se arrodilló ante el último espartano;
quitóse la corona, y fijó en ella
una estrella mayor... ¡Después, al cielo
pudo elevarse con tranquilo vuelo,
porque el alma del muerto era esa estrella!

Y en tanto que la Gloria sosegada
subía al cielo con el alma aquella,
los fúnebres despojos en el suelo
esperaban la póstera morada:

¡y largo tiempo, huérfana y clavada
al pie del héroe, como cruz de duelo,
quedó temblando la vibrante espada!

Tal como en aras de su amante ruego
ofrendaba á sus dioses, el pagano
de pretérita edad, el corderillo
de sus mejores hatos, en el fuego;
lo deshuesaba con su propia mano;
le arrancaba la piel con su cuchillo;
lo rociaba con vino generoso
y de olientes naranjas con el zumo;
y, luego, en profundísimo reposo,
su oración elevaba envuelta en humo...
BOLOGNESI también, por la victoria
de su Patria infeliz, quisole al cielo
rendirle el homenaje de su gloria;
y cual si hubiera en su dolor infausto
adivinado de la Patria el duelo,
quiso ofrecerse él mismo en holocausto!

Él, que era digno de la excelsa palma;
él, que tenía su sitial de oro
en imperante altura;
él, que amparaba al sol dentro del alma;
él, que huyó siempre del festín sonoro,
porque era intacto cual la nieve pura;
él, que nunca manchó sus galardones
con ambición menguada y prematura;
él, que pudo escribir en sus blasones
la sacrosanta frase de Pavía,
porque nunca perdió la honra sagrada
que de sus padres heredara un día;
él, que cuando el clarín llenó el espacio,
abandonó, para coger la espada,

la dulce vida del *Varón* de Horacio;
ese hombre, ese hombre justo, en su heroísmo,
quiso ofrecerse al Dios de sus mayores
por salvar á la Patria;—y así el mismo
que en su vida ejemplar de varón fuerte
tranquila senda recorrió de flores,
cóleras de volcán tuvo en su muertel...

¡Tal el héroe cayó!

Y al rudo embate
cien héroes más entre el feral combate
siguieron luego esos gloriosos rastros,
que fulguraron en la lucha fiera...
No vencerá la sombra aunque el sol muera;
que, cuando muere el sol, nacen mil astros!

En torno del cadáver, la apretada
tropa, en círculo estrecho,
rechazó al invasor desesperada,
como embota la punta de una espada
la recia cota sobre el firme pecho;
y en torno del cadáver, el hirviente
combate creció más, como una airada
ráfaga que girase repentina...
¡Cuando cae un peñón en un torrente,
el agua de la rápida corriente
en torno del peñón se arremolinal...

IX

FIN DEL ASALTO

De pronto, en su corcel, entre el tumulto
que arrolla el invasor, rápido avanza
ALFONSO UGARTE, cual fugaz meteoro:
tal en las sombras del dolor oculto
brilla á veces un rayo de esperanza...

Es blanco su corcel, con cascos de oro
y pupilas de sol: rasga la bruma
con flecha veloz; y sobre el alta
cumbre, erguido en dos pies, salpica espuma
con relincho de horror... ¡y luego salta!

El joven capitán está vaciado
en homérico molde: al ver su tropa
desgranarse, soldado tras soldado,
ya la esperanza de vivir perdida,